

De las Tinieblas de Haití a la Oscuridad de Estocolmo

Liliana Checa

pcpulche@upc.edu.pe

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

Resumen: Este trabajo busca reflexionar acerca de la manera cómo la violencia se manifiesta en dos escenarios y momentos radicalmente distintos. Dos países: Haití y Suecia. Dos momentos: el *Siglo de las Luces*, del saber, de la ilustración y el siglo XXI, de la modernidad, de la tecnología. Isabel Allende con *La Isla Debajo del Mar* y Stieg Larsson con su trilogía *Millenimum* nos trasladan de Haití, a Cuba, a Nueva Orleans y a Estocolmo. Y en todas partes la violencia late bajo la piel de los personajes determinando sus vidas para siempre.

Palabras clave: Literatura y violencia, análisis comparativo, narrativa hispanoamericana, novela criminal danesa

Abstract: This paper deals with the way violence expresses itself in two completely different backgrounds. Two countries: Haiti and Sweden: two moments: the Century of Enlightenment and the XXIst century, the era of modernity, of technology. Isabel Allende in her *Island Beneath the Sea* and Stieg Larsson in his trilogiy *Millenium* take us from Haiti to Cuba, to New Orleans, to Stocolm. And everywhere the violence beats under the skin of the characters determining their lives forever.

Keywords: Literature and violence, comparative analysis, Hispano-American narrative, Danish criminal novel

La máxima debilidad de la violencia es que es un espiral descendente, que engendra la misma cosa que busca destruir. En lugar de disminuir el mal, lo multiplica. A través de la violencia se puede matar al mentiroso, pero no se puede matar a la mentira, ni establecer la verdad. A través de la violencia se puede matar al que odia, pero no se puede matar al odio. En realidad, la violencia simplemente aumenta el odio. Y sigue así. Responder a la violencia con violencia multiplica la violencia, añadiendo

más oscuridad a una noche ya desprovista de estrellas. La oscuridad no puede alejar a la oscuridad, solo la luz puede hacerlo. El odio no puede alejar al odio: solo el amor puede hacerlo.¹

En *El Siglo de las Luces*, considerada como una de las novelas más proféticas de Alejo Carpentier, se narran las consecuencias y las repercusiones de la revolución francesa en América Latina. El autor elige como protagonista principal de la novela a Víctor Hugues, un personaje real, pero lo suficientemente desconocido como para permitirse improvisar su personalidad en función a sus actos. Víctor Hughes encarna las contradicciones propias de toda revolución. Masón, girondino, jacobino, robesperriano, napoleónico, al temer estar cercano a la muerte confiesa haber vestido tantos trajes en su vida que ya no sabe con cual quisiera que se le entierre.

La novela misma no es ajena al conflicto de su personaje. La interrogante parece ser, *una vez logrado el poder, ¿qué hacer para que los ideales no se desmoronen?*

No es difícil establecer un paralelo entre el anhelo de poder y la violencia. El poder se impone a través de la violencia, la historia no ha hecho más que demostrarlo.

En un mundo cada vez más globalizado, en el que la cultura busca vencer a la ignorancia, la ilusión es pensar que se puede evitar la violencia pero la cruda realidad es que la violencia se transforma, se disfraza y se manifiesta en el presente con más fuerza que en el pasado.

Dos países: Haití y Suecia. Dos escritores: una chilena y un sueco. Dos momentos: el *Siglo de las Luces*, del saber, de la ilustración y el siglo XXI, de la modernidad, de la tecnología, de la masificación de la cultura. Sin embargo, la opresión de los esclavos negros por parte de los colonos franceses en Haití y la lucha posterior por la independencia reaparecen doscientos años más tarde en un Estocolmo moderno donde se piensa que prevalece la justicia y en el que los odios raciales llevan a crímenes irracionales que son descubiertos por dos personalidades contradictorias que paradójicamente logran aliarse en su lucha por la justicia. Dos contextos antagónicos en los que la violencia contra la mujer, y también la impotencia de ésta frente a las circunstancias quedan abiertamente manifiestas.

Isabel Allende con *La Isla Bajo el Mar* y Stieg Larsson con su trilogía *Millenimum* nos trasladan de Haití, a Cuba, a Nueva Orleans y a Estocolmo. Y en todas partes la violencia

1 KING, Martin Luther Jr. «Where Do We Go From Here: Chaos or Community?» En *Respectfully Quoted. A Dictionary of Quotations*. Edited by Suzy Platt. Nueva York: Barnes and Noble Books, 1993, pp. 62-63.

late bajo la piel de los protagonistas y aflora en cada instante causando daños irreparables a los personajes que viven sus consecuencias. No es casual que el título con el que se traduce la primera entrega de Larsson al castellano sea: *Los Hombres que no Amaban a las Mujeres*. A lo largo de esta primera parte de la trilogía, la historia de los protagonistas se irá tejiendo y solamente en las siguientes novelas: *La Chica que Soñaba con una Cerilla y un Bidón de Gasolina* y *La Reina en el Palacio de las Corrientes de Aire* se develará el enigma que queda sin resolver en la primera parte, creando un clima de suspenso que dota a la saga de un carácter casi policial o de misterio.

En *La Isla Bajo el Mar*, el hilo conductor del argumento lo va narrando en sus propias palabras, Zarité, esclava mulata comprada por Toulouse Valmorain, un rico terrateniente francés, que llega a Haití ante el llamado del padre moribundo y:

De la «edad de la razón» en París, pasó a hundirse en un mundo primitivo y violento en que los vivos y los muertos andaban de la mano. Tampoco hizo amistad con los «petits blancs», cuyo único capital era el color de la piel, unos pobres diablos emponzoñados por la envidia y la maledicencia, como él decía. Provenían de los cuatro puntos cardinales y no había manera de averiguar su pureza de sangre o su pasado. En el mejor de los casos eran mercaderes, artesanos, frailes de poca virtud, marineros, militares y funcionarios menores, pero también había maleantes, chulos, criminales y bucaneros que utilizaban cada recoveco del Caribe para sus canalladas. Nada tenía él en común con esa gente.

Entre los mulatos libres o «affranchis» existían más de sesenta clasificaciones según el porcentaje de sangre blanca, que determinaba su nivel social.

[...] Por encima de las sutilezas del color, los mulatos estaban unidos por su aspiración común a pasar por blancos y su desprecio visceral por los negros. Los esclavos, cuyo número era diez veces mayor que el de los blancos y «affranchis» juntos, no contaban para nada, ni en el censo de la población ni en la conciencia de los colonos. (Allende 2009: 19-20)

A lo largo de la novela, Zarité buscará conseguir lo que todos anhelan: la libertad. Para eso tendrá que ver su tierra destruida y arrasada por la violencia de los esclavos repelida

con la misma violencia por el ejército, y terminar sus días en Nueva Orleans donde la esclavitud y la injusticia prevalecen de distinta manera, pero donde Zarité comprenderá que ha tenido mejor suerte que otras esclavas porque su «estrella – mi z' etoile- brilla también cuando la noche está nublada» (Allende 2009: 9).

En la primera parte de la trilogía de Larsson: *Los Hombres que no Amaban a las Mujeres*, el autor introduce inicialmente a dos personajes: Henrik Vanger, miembro de una familia prominente de empresarios suecos y Mikael Blomkvist, periodista y editor de la revista económica *Millenium*. Mientras Vanger reflexiona acerca del misterio de la desaparición de su sobrina nieta Harriet, Blomkvist se siente derrotado ante el veredicto de la corte que lo sentencia a tres meses de cárcel y a pagar una indemnización al empresario Hans-Erik Wennerström, acusado de calumnia.

Es bajo estas circunstancias que Vanger, bajo la promesa de entregar evidencia contra Wennerström, contrata a Blomkvist para resolver el misterio de la desaparición de Harriet. Vanger comenzará por poner al día a Blomkvist acerca de sus complicadas relaciones familiares y de aquellos parientes que, por fanatismo anti-semita se unen a los movimientos suecos a favor del nazismo. La investigación rigurosa de Blomkvist lo llevará a descubrir una serie de asesinatos, con móviles raciales, cometidos en Suecia. Como asistente, reclutará a una joven recomendada por el abogado de confianza de Vanger, que había llevado a cabo, precisamente la investigación sobre el propio Blomkvist que Vanger había encargado: Lizbeth Salander. Contratada por Dragan Armansky un croata dueño de una prestigiosa agencia de seguridad en Estocolmo, Milton Security, lo que sorprende a todos es la contradicción entre la eficiencia de los reportes de Salander y su apariencia física:

Sin embargo, la llamativa ausencia de compromiso emocional de Lizbeth Salander no era lo que más le molestaba. En el mundo empresarial la imagen resultaba fundamental, y la de Milton representaba una estabilidad conservadora. Salander encajaba en esa imagen tanto como una excavadora en un salón náutico.

A Armansky le costaba hacerse a la idea de que su investigadora estrella fuera una chica pálida de una delgadez anoréxica, pelo cortado al cepillo y piercings en la nariz y en las cejas. En el cuello llevaba tatuada una abeja de dos centímetros de largo. También se había hecho dos brazaletes: uno en el bíceps izquierdo y otro en un tobillo. Además, al verla en camiseta de tirantes, Armansky había podido apreciar que en el omoplato lucía un gran tatuaje con la figura de un

dragón. Lisbeth era pelirroja, pero se había teñido de negro azabache. Solía dar la impresión de que se acababa de levantar tras haber pasado una semana de orgía con una banda de heavy metal. (Larsson 2008: 50)

A lo largo de la investigación, Blomkvist y Salander descubrirán, cómo una serie de crímenes sin resolver, que han venido ocurriendo en distintos lugares en Suecia, están estrechamente relacionados. Las víctimas son siempre mujeres y sus muertes han sido dolorosas y sanguinarias. Blomkvist termina de armar el complicado rompecabezas al darse cuenta que:

Harriet no había apuntado números de teléfono. Las cifras se referían a capítulos y versos del Levítico, el tercer libro de Pentateuco. La legislación de castigos.

[...] Ya no cabía duda de que Harriet se refería a esas citas cuando escribió aquellos números en su agenda. Cada una de ellas estaba meticulosamente subrayada en la Biblia de Harriet. (Larsson 2008: 368-69)

Desangradas, quemadas, apedreadas, violadas, las víctimas ponen en evidencia la presencia de un asesino en serie, posibilidad que la policía nunca había contemplado. No solo de un asesino en serie sino de un asesino con prejuicios raciales muy arraigados y obsesionado con el libro de castigos de la Biblia y con el tomar la justicia en sus propias manos.

Atando cabos, Blomkvist y Salander descubren que el asesino podría haber sido Gottfried Vanger, padre de Martin y Harriet. Les costará mucho más trabajo y, casi la muerte, concluir que Martin ha seguido los pasos del padre y ha continuado con los asesinatos en serie, espaciados, inconexos entre sí para no dejar cabos sueltos y nunca ser considerado sospechoso.

La violencia contra la mujer queda más en evidencia aún, cuando Blomkvist descubre que Harriet ha sido abusada sexualmente por el padre y el hermano y el misterio de su desaparición sólo se resuelve hacia el final de la novela. Harriet está viva, con otra identidad y otro nombre y al cabo de mucho sufrimiento y esfuerzo ha logrado superar sus traumas y rehacer su vida en Australia.

Más alarmante aún, es ir descubriendo la extraña personalidad de Salander, la necesidad de autodestruirse física y emocionalmente. Blomkvist irá lentamente hilvanando los hilos de su conflictivo temperamento para descubrir, ya en la segunda entrega, *La Chica que Soñaba con una Cerilla y un Bidón de Gasolina*, que Salander es hija de Alexander Zalachenko, un disidente del servicio de inteligencia militar de la Unión Soviética, acogido con una nueva identidad por la Säpo, el servicio de inteligencia sueco.

Durante muchos años ha sido uno de los secretos militares mejor guardados de Suecia. Lo que pasaba era que sacábamos un enorme provecho de Zalachenko. Hubo una época, entre finales de los años setenta y principios de los ochenta, en que fue la joya de la corona de los desertores, incluso a nivel internacional. Nunca jamás había desertado un jefe operativo de uno de los comandos de élite del GRU. (Larsson 2009: 626)

El desenlace de la historia da un giro radical cuando Blomkvist descubre que Salander es hija de Zalachenko y que por defender a su madre de los abusos constantes del padre, ha tratado de matarlo.

Zalachenko resultó ser un psicópata de tomo y lomo. Se emborrachaba y maltrataba de un modo salvaje a Agneta. Por lo que tengo entendido, continuó con los malos tratos durante toda la infancia de las niñas. Hasta donde Lisbeth recuerda, Zalachenko aparecía y desaparecía sin previo aviso. [...] Y siempre sucedía lo mismo. [...] Los detalles que Lisbeth contaba sugerían que no sólo se trataba de maltrato físico. Iba armado y mostraba una actitud amenazadora, a la que había que añadir ingredientes de sadismo y terror psicológico. (Larsson 2009: 650)

[...] –Hay algunas cosas en esta historia que no acabo de entender. Agneta Salander se vio obligada a acudir al hospital en docenas de ocasiones. He leído su historial. Resultaba obvio que era víctima de un grave maltrato. Los servicios deberían haber intervenido. Sin embargo, no pasó nada. (Larsson 2009: 651)

En el último encuentro entre la madre de Lisbeth Salander y Zalachenko, este la maltrata de tal manera que le ocasiona un daño cerebral del que nunca se recupera. En su

afán de proteger a su madre, Salander sigue al padre al auto, le tira un cartón de leche lleno de gasolina y enciende un fósforo. Para silenciar el escándalo y evitar que la verdad salga al desnudo, la Säpo confina a Lisbeth a un hospital psiquiátrico, con la complicidad del Dr. Teleborian.

Estaba amarrada con correas de cuero en una estrecha litera de estructura de acero. El correaje le oprimía el tórax. Se hallaba boca arriba. Tenía las manos esposadas a la altura de los muslos.

Hacía mucho tiempo que había desistido de todo intento de soltarse. Se encontraba despierta pero con los ojos cerrados.

[...] Tachó un día más en su mente.

Era el día número cuarenta y tres de su cautiverio (Larsson 2009: 7).

Del mismo modo, Zarité en *La Isla Bajo el Mar*, tiene que resignarse a que su amo, Valmorain, la viole una y otra vez y le arrebatte el primer hijo que tiene con él, porque al ser su esclava, le pertenece y no tiene derecho a quejarse ni protestar.

Cuando Valmorain deseaba a la esclava, se lo indicaba con un gesto en la cena. Ella esperaba que la enferma estuviera dormida, cruzaba la casa sigilosamente y llegaba a la habitación principal, en el otro extremo. (...) Esos abrazos nocturnos a puerta cerrada entre el amo y la esclava en la cama matrimonial, elegida años antes por Violette Boisier, no se mencionaban jamás a la luz del día, existían sólo en el plano de los sueños. (Allende 2009: 117).

Años más tarde, Valmorain parece no haber aprendido cuanto Zarité es capaz de odiarlo:

No era un anciano desamparado, todavía resultaba temible. “Vas a quedarte aquí a cuidarme”, le exigió. Era lo último que Teté esperaba oír y él tuvo que repetírselo. Asombrada, comprendió que su antiguo amo no tenía la menor sospecha de cuánto ella lo detestaba, nada sabía de la piedra negra que llevaba en el corazón desde que la violó a los once años, no conocía la culpa o el remordimiento, tal

vez la mente de los blancos ni siquiera registraba el sufrimiento que causaban a los otros. El rencor sólo la había agobiado a ella, a él no lo había rozado. (Allende 2009: 491)

En Nueva Orleans, Zarithé logrará su tan ansiada libertad, conocerá la estabilidad de un amor seguro, pero también descubrirá que con la libertad no se consigue la justicia y verá a su hija Rossette ser arbitrariamente encarcelada por su color y luego padecerá el dolor indescriptible de su muerte.

Han pasado cuatro años y estamos en 1810. Le he perdido el miedo a la libertad, aunque nunca le perderé el miedo a los blancos. Ya no lloro por Rosette, casi siempre estoy contenta. (Allende 2009: 507)

Zacharie y yo ya tenemos historia, podemos mirar hacia el pasado y contar los días que hemos estado juntos, sumar penas y alegrías; así se va haciendo el amor, sin apuro, día a día. Lo quiero como siempre, pero me siento más cómoda con él que antes. [...] Ahora hay que conocerlo por dentro, como lo conozco yo, para saber lo que vale. (Allende 2009: 511)

En la última parte de la trilogía de Larsson, Blomkvist y Salander lograrán que prevalezca la justicia y que se castigue a todos los culpables de la conspiración. Pero tanto para Zarithé como para Salander las heridas profundas no cicatrizan fácilmente y la venganza no cura las lesiones del alma. Ambas novelas no hacen más que demostrar que el mundo siempre ha sido injusto porque los hombres así lo han permitido.

Dos momentos que nos trasladan de la Revolución Francesa a la era Napoleónica y a la modernidad escandinava del siglo XXI. Dos países, Haití y Suecia. Dos mundos el tercero, de la miseria y el sub desarrollo y el primero, de las necesidades materiales satisfechas, de la riqueza. Dos circunstancias radicalmente distintas que, sin embargo, no hacen más que demostrarnos cuanto en común tienen la civilización y la barbarie y que nos hacen concluir que la violencia es inherente al ser humano, al margen del color de la piel o la educación y por eso no deja de manifestarse a lo largo de la historia y la literatura de manera cada vez más descarada, más terrible y más injusta.

REFERENCIAS

ALLENDE, Isabel

2009 *La Isla Bajo el Mar*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

LARSSON, Stieg

2009a *Los Hombres que no Amaban a las Mujeres*. Colombia: Ediciones Destino.

2009b *La Chica que Soñaba con una Cerilla y un Bidón de Gasolina*. Colombia: Ediciones Destino.

2009c *La Reina en el Palacio de las Corrientes de Aire*. Colombia: Ediciones Destino.